

esta encantadora cabeza estaba dotado de cierta gordura ; pero esta gordura, que era justamente la de la mujer de Albano, sin llegar á la de Rubens, lejos de ser una falta, era en ella en extremo seductora.

Más que seductora, voluptuosa.

En efecto, una garganta y un seno lascivo, que parecía no haber sentido jamás el *carcere duro* del corsé, se alzaba á cada respiración á través de una nube de gasa, semejante á los pechos de las hijas de Sparta y Atenas, que servían de modelos á las Venus y Hebes de Praxiteles y Fidias.

Si esta radiante beldad que acabamos de descubrir tenía sus admiradores, en revancha tenía también sus enemigos y sus detractores.

Enemigos lo eran casi todas las mujeres, detractores lo eran todos aquellos que creyéndose llamados, no habían sido elegidos, eran éstos los amantes rechazados, y los elegantes de cerebro vacío que no comprendían, que una mujer dotada de tan ricos tesoros, pudiera ser avara de ellos.

Mad. de Marande, pues, había sido más de una vez calumniada, y sin embargo, al conservarla esa deliciosa seducción de la mujer la debilidad, apresurémonos á decir, que pocas mujeres habían merecido menos que ella el ser calumniadas.

Así que, cuando el conde Herbel, como verdadero volte-riano, había dicho en el capítulo que hemos titulado : *Conversación entre un tío y un sobrino* : « ¿ Qué es Mad. de Marande ? Una Magdalena en posesión del marido é incapaz de arrepentirse (1) : » á nuestro entender, el general ha-

(1) Esta traducción no es exacta : su original es el siguiente calembourg francés : « Une Madeleine en puissance de mari, et en impuissance de repentir. »

bia dicho mal, y más tarde diremos de qué manera gramatical hubiera debido colocar las palabras *potencia é impotencia*, si hubiese querido hablar correctamente.

Y como muy pronto se verá, Mad. Lydia de Marande, de todo tenía menos de Magdalena.

Pero puesto que creemos haberla dado á conocer suficientemente, acabemos de describir la habitación, y de hacer ó renovar conocimiento con las personas que momentáneamente le ocupan.

CAPÍTULO X.

DONDE SE HABLA DE CARMELITA.

Hemos dicho que se hallaban en medio de aquel círculo de mujeres cuatro ó cinco hombres solamente.

Aprovechémonos de que la reunión no sea más numerosa, para mezclarnos en esa conversación de los salones, que de ordinario emplea tantas palabras para decir tan poco.

El más bullidor de estos cinco privilegiados del gabinete, era un joven á quien hemos visto ya en dolorosas ó siniestras circunstancias. Era Mr. Loredán de Valgeneuse, que de tiempo en tiempo, en cualquier sitio del gabinete que se hallase, y hablara con cualquier mujer, cambiaba una mirada rápida como un relámpago, y de una extraña significación con su hermana Mlle. Susana de Valgeneuse, la *amiga* de pensión de la pobre Mina.

Mr. Loredán era un verdadero caballero de salón. Ningunos labios sabían sonreír mejor, ninguna mirada sabía complimentar como la suya.

Poseía en el más alto grado esa cortesía que raya casi en impertinencia, y ninguno, desde 1820 á 1827, había podido destronarle todavía en el arte de ponerse la corbata, y de hacer, aun enguantado, el nudo más á la moda, sin arrugar el satín ó la batista.

Hablaba en este momento con Mad. de Marande, cuyo abanico admiraba como verdadero admirador de los Vanloo y de los Boucher.

El que después de Loredán atraía las miradas de las mujeres, menos por su belleza y elegancia que por su reputación, formada ya por el éxito de algunas obras dramáticas y por una conversación más original, más que espiritual, era el poeta Juan Robert.

Entre el número de invitaciones que habían llovido á su rededor desde sus primeros triunfos, y á los que se guardaba muy bien de responder, dos ó tres invitaciones autógrafas de la bella Lydia, que quería hacer de sus salones el centro literario, así como los de su marido eran centro político y de las notabilidades de la época, habían vencido sus escrúpulos.

Sin ser uno de los visitantes más asíduos de Mad. de Marande, era uno de los que acostumbraban no faltar, y á cada sesión que Mad. de Marande había tenido con su amigo Petrus desde hacía tres semanas, había asistido religiosamente para dar, hablando con la encantadora joven, animación á su retrato. Esta vez, Juan Robert había también alcanzado un buen éxito, y nunca la mirada y la sonrisa de Lydia habían sido ni más brillantes ni más animadas.

No habiendo ido el retrato al palacio hasta dos días antes, Mr. de Marande había aprovechado la ocasión para darle las gracias por la complacencia que había tenido

en abreviar á Mad. de Marande el cansancio de la postura.

Juan Robert no había comprendido al pronto si Mr. de Marande hablaba seriamente ó se burlaba.

Su mirada dirigida rápidamente al rostro del banquero, había creído sorprender por un momento en su rostro una expresión irónica. Pero la mirada de ambos se había fijado respectivamente en su contrincante con cierta gravedad, y entonces, Mr. de Marande, inclinándose, había repetido estas palabras:

— Señor Juan Robert, os hablo seriamente, y Mad. de Marande no podría proporcionarme mayor placer que el de cultivar la amistad de un hombre de vuestro mérito.

Y le había tendido la mano tan francamente, que Juan Robert le había dado la suya con igual franqueza, aunque ésta, por parte del joven poeta, no estuviese exenta de cierta vacilación.

El tercer personaje de que nos ocuparemos, es nuestro introductor Petrus. Ya sabemos qué astro le atrae. Así que, una vez presentados sus respetos á Mad. de Marande, después de haber saludado á Juan Robert y á su tío, el viejo general Herbel, que estaba haciendo la digestión penosamente en un rincón del gabinete, y á las damas en general, halló medio, al cabo de un momento, de apoyarse en el respaldo del sillón en que la bella Regina, medio acosada, desfloraba su ramillete de violetas de Parma, segura de que luego que se levantara y cambiara de sitio, las violetas, decapitadas por ella, no serían perdidas.

El quinto personaje era simplemente un bailarín, y pertenece á esa raza, tan apreciada por las dueñas de las casas.

Hemos dicho que Loredán hablaba con Mad. de Marande;

que Juan Robert apoyado en el mármol de la chimenea, los miraba; que Petrus hablaba con Regina, sonriendo á cada violeta que caía de los dedos de su divinidad; que el general Herbel digería laboriosamente en un sofá; en fin, que el bailarín apuntaba sus valeses, á fin de lanzarse cronológicamente con su pareja, cada vez que la orquesta, que no debía dejarse oír hasta medianoche, arrojase á la atmósfera alguna de sus notas, en señal de llamamiento para un nuevo baile.

Para ser exactos debemos decir, que el cuadro que acabamos de trazar no tenía fiijeza.

De minuto en minuto anunciaban un nuevo nombre: la persona designada entraba.

Si era una mujer, Mad. de Marande se levantaba para recibirla, y según el grado de intimidad que tenía con ella, la abrazaba, ó se contentaba con estrecharla la mano.

Si era un hombre, le saludaba con la cabeza, acompañando esta señal con una graciosa sonrisa, y á veces con algunas palabras, y después, señalando un asiento vacante á la mujer, ó la galería al hombre, les dejaba en libertad de hacer lo que más quisieran; bien examinar las batallas de Horacio Vernet, las marinas de Gudin, las acuarelas de Decamps; bien les gustase más anudar cualquier conversación particular, ó tomar parte en esa porción de conversación general que flota siempre en un salón, y á que suelen asirse los que no saben sostener una conversación particular, ó lo que es más difícil todavía, guardar silencio.

Cualquiera que tuviese interés en darse cuenta de ello, hubiera notado que á pesar de todos los cambios de asiento que había producido la sumisa llegada de varias personas, y que por consiguiente obligaba á variar á Mad. de Marande, una vez hecho el saludo, dado el beso, ó cambiado

el apretón de manos; Mr. Loredán de Valgeneuse tenía siempre el talento de encontrarse á su lado.

Lydia había observado esta insistencia, y sea que en realidad la desagradase, sea que temiese que por algún otro fuese observada, había tratado de huir de ella por primera vez, viniendo á sentarse al lado de Regina, é interrumpiendo por algunos momentos la tierna conversación de los dos jóvenes, egoísmo que á sí misma se reprochó, y por segunda vez, yendo á refugiarse al lado del viejo volteriano, que ya hemos visto era tan rígido observador de las fechas en su conversación con la marquesa de la Tournelle.

Esta vez, Mad. de Maranda se obstinaba en querer arrancar del corazón del anciano conde ese secreto, que ponía sombrío el semblante, risueño de ordinario, y aun más que risueño, burlón.

Pero bien proviniese del corazón ó del estómago su seriedad, lo que para él era igualmente grave, parecía no estar decidido á hacer á Mad. de Marande confidente de su secreto.

Algunas palabras de su conversación llegaron hasta Petrus y Regina, despertándoles del éxtasis en que se hallaban sumidos.

Los dos jóvenes cambiaron una mirada.

En Regina, esta mirada quería decir:

— Somos muy imprudentes, Petrus; hace media hora que estamos hablando con el mismo abandono que si nos halláramos sin testigos en algún sitio solitario del boulevard de los Inválidos.

Y la de Petrus decía:

— Cierto que somos muy imprudentes; pero también muy dichosos, mi amada Regina.

Después, á cierta distancia ya, conforme habían cambiado la mirada, con un simple movimiento de los labios cambiaron uno de esos besos que el corazón envía á otro corazón, y como si le atrayese naturalmente la conversación de su tío y de Mad. de Marande, Petrus se acercó á ellos con la sonrisa de la indiferencia en los labios.

— Tío mío, dijo con el aire de un niño mimado, que cree que tiene derecho para decirlo todo, os prevengo que si no le confiáis á Mad. de Marande, que os ha hecho el honor de preguntároslo dos veces, la causa de vuestro pesar, os juro por nuestro abuelo Joselín II, que llamaban Joselín el galante, siglo y medio antes de que la galantería fuese descubierta; os juro, pues, por este antiguo antepasado, muerto en el campo del honor, que os denuncio á Mad. de Marande, y que revelo á esta señora la verdadera causa de vuestras penas por más misteriosa que sea.

— Revélala, muchacho, dijo el general con cierto acento de tristeza, que hizo dudar á Pedro si su tío se hallaría preocupado solamente por su digestión; revélala, que si me crees, antes darás siete vueltas en la boca á tu lengua, por temor de equivocarte.

— ¡ Oh! no lo temo, dijo Petrus.

— Entonces, hablad pronto, Petrus, porque me muero de curiosidad, replicó Mad. de Marande, que por su parte también, parecía dar siete vueltas en su boca á la lengua, antes de abordar el verdadero objeto que la había llevado allí á trabar conversación.

— ¿ Qué, os morís de curiosidad? dijo el viejo general; ¡ oh! esto sobrepuja á toda mi perspicacia. ¿ Tendré por casualidad la dicha de que tengáis que pedirme un favor, y teméis por ventura que mi mal humor influya en mi respuesta?

— ¡ Oh! profundo filósofo, dijo Mad. de Marande, ¿ quién os ha revelado así los secretos del corazón humano?

— Dadme vuestra bella mano, señora.

Lydia tendió su mano al general, después de haber tenido la galantería de quitarse el guante.

— ¡ Qué maravilla! dijo el general; creía que no existían ya manos por el estilo.

Y la acercó á sus labios; pero deteniéndose:

— Á fe mía, dijo, que es un sacrilegio que mis labios de sesenta y seis años besen semejante mármol.

— Cómo, dijo Mad. de Marande, coqueteando; ¿ rehusáis besar mi mano, general?

— ¿ Es de mi exclusiva propiedad esta mano, durante un minuto?

— Es vuestra, general.

Éste se volvió hacia Petrus.

— Acércate, muchacho, y besa esta mano, le dijo.

Petrus obedeció.

— Ahora, y ten esto en cuenta, habiéndote hecho semejante regalo, me creo ya en libertad para poder desheredarte.

Después dijo á Mad. de Marande:

— Dictad vuestras órdenes, señora; vuestro indigno servidor las espera de rodillas.

— No, soy muy terca. Quiero saber antes lo que os tiene triste, general.

— Este picaro, señora, va á deciroslo. Á mi edad me hubiera hecho matar por tener el gusto de besar semejante mano. Ojalá hubiera todavía un paraíso que perder, y ojalá fuese yo un nuevo Adán.

— ¡ Ah! general, dijo Mad. de Marande. No se puede

ser á la vez Adán y la serpiente. Vamos, Petrus, decidnos qué es lo que le ha pasado á vuestro tío.

— Hélo aquí, señora. Mi tío tiene la costumbre de prepararse, por medio de la meditación, á todos los actos importantes de su vida, y tiene también la costumbre de estar solo una hora antes de comer, y creo.

— ¿ Creéis ?...

— Creo, que su querida soledad ha sido turbada hoy.

— No es eso, dijo el general. No has dado más que siete vueltas á tu lengua ; dale catorce.

— Mi tío, continuó Petrus, sin inquietarse por el mentís que le había dado el general, ha recibido hoy, entre cinco y seis, la visita de Mad. Yolanda Pentaltais de la Tournelle.

Regina, que no esperaba más que una ocasión para acercarse á Petrus, y no perder una sola de sus palabras, de las cuales cada sílaba hacía latir su corazón ; Regina, al oír pronunciar el nombre de su tía, creyó que era ocasión oportuna de tomar parte en la conversación.

Levantóse, pues, de su asiento y se acercó lentamente al grupo.

Petrus no la vió, no la oyó, pero la sintió acercarse, y un ligero temblor estremeció todo su cuerpo.

Sus ojos se cerraron y se apagó su voz.

La joven comprendió por su parte lo que pasaba en el corazón de su amado, y sintió por ello una extraña voluptuosidad.

— Y bien, dijo con una voz dulce, como las vibraciones de un harpa celia ; ¿ tal vez porque yo he venido dejáis de hablar, Petrus ?

— ¡ Oh, juventud, juventud !... murmuró el viejo general.

CAPÍTULO XI.

SEDUCCIÓN.

Se elevaba alrededor de este grupo un perfume tal de juventud, de dicha, de alegría, que acabó al fin por desvanecer el mal humor del general.

Hubiérase dicho, al ver la mirada que dirigió á Petrus, que con una palabra podía desvanecer todo aquello ; pero que por más egoísta que fuese, se compadecía de desvanecer con un soplo el palacio de nubes en que su sobrino vivía.

Por el contrario, le presentó descubierto un flanco.

— Vaya, muchacho, pues que lo deseas, habla.

— Pues bien, puesto que mi tío lo permite, obligado á persistir en su relato, os diré que Mad. de la Tournelle, como todas las...

Petrus iba á decir como todas las viejas ; pero notó á tiempo, á cuatro pasos de él, el rostro avinagrado de una viuda, y se contuvo diciendo :

— Os diré que Mad. de la Tournelle, como todas las marquesas, tiene un perrito, ó más bien una perrita, que se llama Croupette.

— Nombre encantador, dijo Mad. de Marande ; yo no conocía el nombre, pero sí la perrita.

— Entonces, continuó Petrus, podréis apreciar la verdad de mi relato. Parece que esta perrita huele á almizcle de una manera extraordinaria. ¿ No es esto, tío ?

— Perfectamente, dijo el viejo general.

— Pues bien, parece que el almizcle tiene la propiedad de descomponer las salsas, y como Mlle. Croupette es muy glotona, siempre que Mad. de la Tournelle va á ver á mi tío, Mlle. Croupette hace también su visita al cocinero, y me atreveré á decir, que á consecuencia de esto, mi tío ha tenido hoy una comida detestable, y que esto es lo que le tiene triste y pensativo.

— Bravo, muchacho, es imposible ser mejor adivino, y sin embargo, si yo quisiera, tal vez diría que aun podía haber algo más. Pero tengo prisa de saber lo que esta bella sirena quiere de mí, y retiraré la explicación para otro día.

Después, volviéndose hacia Mad. de Marande.

— Habéis dicho, señora, que tenéis que hablarme: os escucho.

— General, dijo Mad. de Marande mirando al anciano con sus más halagadores ojos; habéis tenido la imprudencia de decir varias veces, que estaba á mi disposición vuestro brazo, vuestro corazón, vuestra cabeza, en una palabra, todo aquello de que podéis disponer libremente. ¿ Me habéis dicho esto, no es verdad?

— Es verdad, señora, respondió el conde con esa galantería que en 1827 ya no se hallaba sino en los ancianos; os he dicho, que no habiendo tenido la dicha de vivir para vos, tendré al menos una y muy grande en morir por vos.

— ¿ Y estáis siempre dispuesto á cumplir semejante promesa?

— Siempre.

— Pues bien, hay ocasión, os lo juro, de probármelo.

— Vuestra ocasión no es más que un cabello, señora, y prometo cogerla por ahí

— Escuchad, pues, general.

— Soy todo oídos, señora.

— Justamente de esa parte de vuestra persona es de la que os pido la enajenación provisional en favor mio.

— ¿ Qué queréis decir?

— Que necesito vuestros oídos por toda la noche, general.

— ¿ Por qué no lo habéis dicho antes, bella señora? Vamos, haced que me den unas tijeras, y os haré el holocausto de ellos, sin miedo y sin pesar, con la sola condición de que después que os haya dado los oídos, no me habéis de pedir también los ojos.

— ¡ Oh! general, dijo Mad. de Marande, tranquilizaos: no se trata de separarlos del tronco, en que se hallan admirablemente colocados, sino solamente dirigirlos hacia el lado que os diga, durante una hora y con atención, porque voy á tener el honor de presentaros una de mis amigas de colegio, una linda joven, á quien Regina y yo llamamos hermana. Esto bastará, general, para que la creáis digna de todos vuestros miramientos, como es digna de toda nuestra amistad. Esta joven es huérfana.

— ¡ Huérfana! dijo Juan Robert, ¿ no acabáis de decir, señora, que vos y la condesa Rappt sois sus hermanas?

Mad. de Marande dió gracias á Juan Robert con una sonrisa, y continuó:

— Es huérfana de padre y madre: su padre, valiente capitán de la guardia, oficial de la Legión de honor, fué muerto en Champaubert en 1814. Hé aquí por qué fué educada con nosotros en San Dionisio. Su madre ha muerto en sus brazos hace dos años: es pobre.

— ¡ Pobre! repitió el general; ¿ no acabáis de decirme que tenía dos amigos?

— Pobre y orgullosa, general, continuó Mad. de Marande, quiere pedir al arte una existencia que no le podría proporcionar el trabajo de sus manos, pues tiene un inmenso dolor, no que olvidar, sino que adormecer.

— ¿ Un inmenso dolor ?

— ¡ Oh ! sí, el más grande, el más profundo que puede experimentar el corazón de una mujer. Ahora, general, que sabéis esto, la perdonaréis la tristeza de su rostro y oiréis su voz.

— Y, preguntó el general, perdonad la pregunta, por más indiscreta que á primera vista parezca, en la carrera á que vuestra amiga piensa dedicarse, ¿ la belleza entra por mucho ? ¿ Vuestra amiga es hermosa ?

— Como la Niobe antigua á los veinte años.

— ¿ Y canta ?

— No os diré como la Pasta, ni como la Malibrán, ni como la Catalani ; os diré que canta como ella misma : no, no canta ; llora, sufre, y hace llorar y sufrir.

— ¿ Qué voz ?

— Un magnífico contralto.

— ¿ La han oído ya ?

— Nunca. Esta noche, por primera vez, cantará delante de cincuenta personas.

— ¿ Y deseáis ?

— Deseo, general, que vos que sois un consumado *dilettanti* y un admirable conoecedor, la escuchéis atentamente, y cuando la hayáis oído, deseo que hagáis por ella lo que haríais por mí en igual caso ; deseo, para servirme de vuestras propias palabras, que viváis para nuestra querida Carmelita ; ¿ no es verdad, Regina ? que no haya un momento solo de vuestros días, que no esté consagrado á ella ; deseo, en una palabra, que os declaréis su caballero,

y que desde este momento no tenga defensor más ardiente, ni admirador más apasionado que vos. Sé que vuestra voz es ley en la ópera, general.

— ¡ Oh ! no os ruboricéis, tío ; esto es sabido.

— Deseo, repitió Mad. de Marande, que digáis este nombre de mi amiga (Carmelita) á todos esos, vuestros amigos, no porque yo quiera que al presente se la contrate, no queremos de pronto llegar á la ópera ; pero como vuestro palco...

— ¡ El palco infernal ! dijo Petrus ; llamadlo por su nombre, señora.

— Sea. Como del palco infernal parten todas las trompetas de la fama ; como en el palco infernal se forjan todas las glorias futuras, ó se destruyen todas las glorias presentes, cuento con vuestra verdadera y desinteresada amistad, general, para cantar las alabanzas de Carmelita en todos los sitios que os plazca hacerlo ; en el Club, en las Carreras, en el café Inglés, en Tortoni, en la Ópera, en los Italianos, y os diría que hasta en la Cámara, si vuestra presencia en mi gabinete no fuera la más alta protesta de vuestras simpatías políticas. Prometedme, pues, lanzar, ¿ no es esta la palabra ? tan rápidamente y tan lejos como podáis. Os deberé por ello, general, un reconocimiento eterno.

— Os pido un mes para lanzarla, mi bella señora, dos meses para ajustarla ; tres para que debute. Á menos que no quiera hacer su salida con una ópera nueva, en cuyo caso será negocio de un año.

— Debutará con lo que quieran : sabe el repertorio francés é italiano.

— En ese caso, dentro de tres meses os devolveré á vuestra amiga cubierta de laureles de los pies á la cabeza.

— Entonces partiréis los vuestros con ella, general, dijo Mad. de Marande tendiendo su mano al anciano conde y estrechándola entre las suyas cordialmente.

— Y yo también, general, dijo una voz dulce, que hizo estremecerse á Petrus; yo también, dijo Regina, os deberé un reconocimiento eterno y sin límites.

— No lo dudo ni por un momento, princesa, dijo el anciano, que por cortesía, continuaba dando á Regina, su título de soltera, y que al decir que no dudaba de su reconocimiento había mirado á Petrus.

— Ahora bien, dijo el general, no os falta, señora, más que presentarme á vuestra amiga, de quien tengo el honor de ser desde este momento el más humilde y rendido servidor.

— Esto es muy fácil, general; está ahí.

— ¿Cómo ahí?

— Si, en mi cuarto-tocador; he querido ahorrarla el fastidio, pues siempre es enojoso para una joven el atravesar todos esos salones, y hacerse anunciar. Hé aquí por qué nos hallamos aquí en pequeño comité; hé aquí también por qué unas invitaciones decían á las diez y otras á las doce: he querido formar un círculo de amigos escogido é indulgente.

— Mil gracias, señora, dijo Loredán, hallando ocasión de mezclarse en la conversación, por haberme contado entre el número de los escogidos, y siento valer tan poco, para que no hayáis podido recomendarme también vuestra amiga.

— ¡Oh! señor barón, dijo Mad. de Marande, sois demasiado peligroso para que se os pueda recomendar una joven y bella persona de veinte años. Creo, además, que bastará su belleza para recomendároslo.

— Mal escogido es el momento, pues os aseguro, señora, que en este instante sólo una belleza tiene derecho...

— Perdonad, caballero, dijo una voz con gran dulzura y con exquisita política, interrumpiendo sin embargo al barón; pero tengo que hablar un momento á Mad. de Marande.

Volvióse Loredán, frunciendo el ceño, pero reconociendo en el mismo á Mr. de Marande, que con la sonrisa en los labios y la súplica en los ojos, ofrecía el brazo á su mujer y se apartó con viveza.

— ¿Tenéis algo que decirme? dijo Mad. de Marande, cogiendo con cariño el brazo de su marido. Hablad.

Después añadió, volviéndose:

— Con vuestro permiso, general.

— Feliz quien tales derechos tiene, respondió el conde de Herbel.

— ¡Qué queréis, general! dijo Mad. de Marande; son los derechos del señor.

Y se apartó lentamente del círculo, apoyada en el brazo de su marido.

— Estoy á vuestras órdenes, dijo Lydia.

— En verdad, que no sé cómo empezar; es una cosa que había completamente olvidado, y de que por casualidad acabo de acordarme.

— Hablad.

— Mr. Thompson, mi corresponsal de los Estados Unidos, me ha recomendado un joven matrimonio de la Luisiana, que tiene una letra de cambio contra mí; les he hecho enviar una esquila para esta noche, pero me he olvidado completamente de sus nombres.

— ¿Y bien?

— Que me recomiendo á vuestra sagacidad para reconocer á los dos extranjeros y á vuestra cortesía para recibir graciosamente á los recomendados de Mr. Thompson ; hé aquí, señora, todo lo que tenía que deciros.

— Contad conmigo, caballero, dijo sonriendo Mad. de Marande.

— Gracias. Permitidme ahora, que os presente mis cumplimientos. Sois bella siempre, señora ; pero estáis esta noche encantadora.

Y besando galantemente la mano de su mujer, Mr. de Marande la condujo hasta la puerta del tocador, donde Mad. de Marande, levantando la cortina, dijo :

— Cuando gustes, Carmelita.

CAPÍTULO XII.

CARMELITA.

En el momento en que Mad. de Marande pronunciaba estas palabras : « Cuando gustes, » entrando en el cuarto-tocador y dejando caer detrás de ella la cortina, anunciaban en la puerta del salón :

— Monseñor Coletti.

Aprovechemos algunos momentos que Carmelita tardará en presentarse, para dirigir una rápida ojeada sobre el monseñor Coletti que han anunciado, y que acaba de hacer su entrada en el salón.

Nuestros lectores recordarán tal vez que han oído pronunciar este nombre á Mad. de la Tournelle.

En efecto, monseñor Coletti era el confesor de la marquesa.

Monseñor Coletti era, en 1827, no sólo un hombre afamado, sino un hombre en moda y de algún favor.

Los sermones que había predicado durante la Cuaresma, le habían granjeado fama de gran predicador, que nadie, por poco voto que fuese, se cuidaba de disputarle excepto Juan Robert, tal vez, que poeta antes que todo, y mirándolo todo como poeta, se admiraba siempre de que los sacerdotes teniendo un tan soberbio texto como el Evangelio, estuviesen de ordinario tan mal inspirados, tan poco elocuentes.

Parecióle á él que luchaba, y que luchaba victoriosamente contra un auditorio algo más rebelde que el que va á edificarse con las santas conferencias : parecióle á él que hubiese tenido, si hubiese subido al púlpito, una voz más persuasiva, más tonante que todas esas voces almiradas de esos mundanos prelados, á quienes iba acaso por casualidad á oír alguna vez.

Entonces sentía no ser sacerdote, no tener un púlpito en vez de un teatro, y cristianos oyendo en vez de espectadores profanos.

Aunque sus finas medias de seda y todo su traje de color de violeta revelaban un dignatario de la Iglesia, podíase, á primera vista, tomar á monseñor Coletti por un simple abate del tiempo de Luis XV, pues su rostro, apostura, aire y talante, más bien parecían ser los de un asiduo rondador de salones y tocadores, que no un rígido prelado, predicando la abstinencia en la Cuaresma.

Hubiérase dicho, que después de dormirse como Epiménides durante medio siglo en el gabinete de Mad. de Pompadour ó de Mad. Dubarry, monseñor Coletti se había